



Transmisión y porvenir: desafíos de la formación

Mesa pre-congreso AEAPG — 19 de agosto de 2026

Introducción: una pregunta acerca de la transmisión

¿Qué es lo que se transmite en el encuentro con otros cuando nos formamos?

La pregunta parece sencilla, pero rápidamente se vuelve difícil de responder. En una formación se transmiten conocimientos, conceptos, lecturas, modos de pensar una disciplina. Se transmiten autores, teorías, experiencias clínicas. Pero, junto con todo eso, parece ocurrir algo más difícil de precisar: algo que no siempre puede ser nombrado y que, sin embargo, deja una marca.

Nos interesa pensar la transmisión justamente desde ese punto en el que el saber deja de ser solamente un conjunto de contenidos para convertirse en una experiencia.

Nuestra propia historia como Grupo Psicoanalítico del Oeste —GPO— nos llevó a interrogarnos sobre esto. Antes de ser un grupo, fuimos estudiantes. Y creemos que recuperar algo de esa experiencia inicial permite pensar no solamente cómo nos formamos, sino también qué condiciones hicieron posible esa formación y qué de aquello recibido intentamos transmitir hoy.

No se trata de construir una historia institucional ni de presentar un modelo de formación. Por el contrario, nos interesa tomar nuestra experiencia como punto de partida para formular algunas preguntas acerca de la transmisión, la posición de quienes forman, el lugar de quienes reciben y, especialmente, acerca de la tensión entre transmitir algo y evitar que aquello transmitido se convierta en repetición.

Formarse en el encuentro con otros

Nuestra formación comenzó, en buena medida, en el encuentro con la clínica.

Éramos estudiantes, con muchas ganas y pocas certezas, como todo estudiante. Antes de contar con una formación teórica extensa, nos convocaba la posibilidad de acercarnos a la práctica clínica, de encontrarnos con pacientes, de preguntarnos qué sucedía allí donde la teoría todavía no alcanzaba para responder.

En ese recorrido, Sara Slapak ocupaba un lugar significativo. En los teóricos hablaba de lo que se estaba viviendo en la práctica clínica, del Servicio de Psicología Clínica de Niños

perteneciente a la Cátedra de escuela Ingres a de la UBA. Esa articulación entre el pensamiento y la experiencia nos movilizó y nos llevó a acercarnos para preguntar si podíamos incorporarnos al servicio.

Dijo que sí.

La sencillez de esta escena puede hacer perder de vista algo que, retrospectivamente, reconocemos como fundamental. No había un programa diseñado para que los estudiantes se incorporaran de ese modo. A partir de una pregunta nuestra, se creó un espacio que no estaba previsto.

Hubo alguien dispuesto a escuchar el pedido y a hacerle lugar.

Esa disponibilidad fue formativa.

Algo semejante encontramos posteriormente en nuestra experiencia en el Hospital Israelita con Liliana Zaslavsky, Osvaldo Frizzera, Felisa Widder que generosamente nos permitieron participar de las supervisiones del equipo de niños a pesar de estar atravesando el cierre del hospital.

También Liliana Denicola, nos abrió las puertas de la supervisión de nuestros primeros pacientes con mucha generosidad.

Podríamos seguir recordando a muchos maestros que con pequeños gestos nos transmitieron mucho. Pero queremos recordar especialmente una indicación que siempre nos daba Sara Slapak, que por su sencillez, adquirió para nosotras una enorme importancia, nos decía: "Escriban".

Y escribíamos.

No porque escribir fuera un requisito formal, sino porque ese pedido nos colocaba en otro lugar. Había allí un reconocimiento de que teníamos algo para decir antes incluso de que nosotras mismas pudiéramos reconocerlo con claridad.

Hoy creemos que gracias a esa solicitud podemos estar acá pensando junto a uds esas experiencias como momentos de transmisión.

No porque se nos hubiera entregado un conocimiento determinado, sino porque alguien había podido reconocer una posibilidad en nosotras y habilitarla, a la manera del reconocimiento del gesto espontáneo que nos ha enseñado Winnicott.

La generosidad de los maestros

Esto nos lleva a una idea que consideramos central: la de los maestros generosos.

No entendemos la generosidad únicamente como la disposición a brindar conocimientos o a compartir mucho de aquello que se sabe. Hay una forma de generosidad que consiste en reconocer algo en el otro y ofrecer las condiciones para que pueda desarrollarse.

Se trata de una posición compleja porque no elimina la asimetría propia de toda formación. Hay quien tiene un recorrido mayor, una experiencia clínica diferente, una responsabilidad de enseñanza. Y hay quien está comenzando.

La transmisión no requiere negar esa asimetría.

Pero tampoco requiere transformar la diferencia de saber en una relación de subordinación.

En nuestras experiencias de formación hubo algo de esa combinación: una asimetría sostenida junto con el reconocimiento del otro como alguien capaz de pensar, preguntar, escribir y producir algo propio.

Quizás allí encontremos una de las condiciones más fecundas de la formación: que quien enseña pueda sostener su lugar sin ocupar completamente el lugar del otro.

Porque formar no es producir discípulos semejantes a uno mismo. Es, de algún modo, posibilitar que otro pueda construir una posición propia.

De la experiencia a los conceptos

Nuestra formación tuvo también una característica que consideramos significativa: la posibilidad de incluirnos en el Servicio de Psicología Clínica de Niños aún siendo estudiantes nos permitió formarnos primero en la experiencia y después, en muchos casos, encontramos en la teoría palabras para nombrar aquello que ya nos había ocurrido.

Esto no supone una oposición entre práctica y teoría. Por el contrario, la teoría se volvió más significativa precisamente porque podía entrar en diálogo con una experiencia previa.

Los conceptos dejaron de ser completamente abstractos.

Habíamos escuchado pacientes antes de estudiar determinados conceptos acerca de la clínica. Habíamos atravesado situaciones que nos habían interrogado antes de encontrar textos que permitieran pensarlas de otra manera.

La experiencia había abierto una pregunta y la teoría podía venir a complejizarla, a ponerla en tensión, a ofrecer nuevas posibilidades de lectura.

Pensamos que esto también forma parte de la transmisión: no solamente transmitir respuestas, sino crear condiciones para que determinadas preguntas puedan formularse.

En ese sentido, la formación psicoanalítica no puede reducirse a la incorporación de un corpus teórico. Implica también la construcción progresiva de una posición frente al sufrimiento psíquico, frente al paciente, frente al saber y frente a aquello que no sabemos.

Y esa posición no puede ser entregada.

Puede ser ofrecida como experiencia, puesta en juego, interrogada y eventualmente transformada por quien la recibe.

Una generación intermedia

En algún momento de nuestro recorrido comenzó a aparecer para nosotras una idea que hoy podemos formular como la de una generación intermedia.

Recibimos algo.

De nuestros maestros, de nuestros colegas, de las instituciones en las que transitamos, de los textos que nos formaron, de las experiencias clínicas que nos marcaron.

Recibimos ideas y conocimientos, pero también modos de escuchar, de pensar, de discutir, de alojar una pregunta. Recibimos formas de relación con el saber.

Y en algún momento aparece la sensación de que aquello recibido no nos pertenece completamente.

Hay algo que corresponde pasar.

No repetir.

Pasar.

La diferencia es importante.

Repetir supone conservar algo en una forma idéntica. Transmitir supone que aquello que recibimos atraviese una nueva experiencia y necesariamente se transforme.

Toda transmisión implica una transformación.

Por eso pensamos nuestra posición como la de un eslabón más de una cadena. No somos el comienzo ni el punto de llegada. Recibimos algo que viene de otros y tratamos de hacerlo circular hacia quienes vienen después, sabiendo que aquello que llegue a ellos ya no será exactamente lo que recibimos.

Quizás esa sea una de las condiciones para que una tradición permanezca viva.

El nacimiento del GPO

El Grupo Psicoanalítico del Oeste nació de ese deseo de transmitir y, al mismo tiempo, de seguir formándonos con otros.

No nació como un proyecto institucional cerrado ni como una reacción contra otras instituciones. Nació del deseo de encontrarnos con colegas para pensar la clínica, seguir estudiando y no quedar solos frente a las preguntas que la práctica produce.

En el Oeste faltaba un espacio de estas características y comenzamos a construirlo.

Lo que después fueron los seminarios, los encuentros clínicos, los grupos de supervisión, los talleres y la Feria del Libro Psicoanalítico no surgió de un programa predeterminado.

Fueron apareciendo a partir de preguntas concretas.

¿Qué necesita un colega que está comenzando?

¿Dónde puede pensar una situación clínica que lo inquieta?

¿Dónde puede seguir formándose una vez terminada una instancia académica?

¿Cómo generar espacios donde sea posible discutir y no solamente escuchar?

¿Cómo sostener una formación que no se reduzca a la acumulación de conocimientos?

En ese sentido, el GPO fue creciendo a partir de las necesidades y deseos que aparecían en el encuentro con otros.

Y esto también nos enseñó algo acerca de la transmisión: un espacio de formación no se construye solamente para otros. Se construye con otros.

La diferencia es fundamental.

Cuando una institución se piensa como aquella que posee algo que debe entregar a quienes carecen de ello, la relación queda organizada de manera muy diferente a cuando se construye un espacio en el que todos sus integrantes pueden aportar algo a la experiencia común.

El crecimiento del GPO nos sorprendió. En algunos momentos sentimos incluso que había adquirido una vida propia, que iba más allá de aquello que nosotras habíamos podido imaginar.

Y quizás eso también tenga que ver con el origen: no construimos el espacio para ofrecer una respuesta cerrada, sino para abrir un lugar de encuentro.

Las tensiones de toda transmisión

Sin embargo, pensar la experiencia del GPO también implica reconocer sus tensiones.

No queremos presentar una historia de crecimiento sin conflictos ni construir un modelo que otros debieran reproducir.

Precisamente porque pensamos la transmisión como algo vivo, necesitamos interrogar aquello que hacemos.

Una de las preguntas que nos acompaña es cómo sostener un espacio vivo sin que se vuelva endogámico.

Todo grupo corre el riesgo de comenzar a escucharse demasiado a sí mismo, de repetir sus propias ideas, de identificarse con una determinada manera de pensar y convertir esa identidad en criterio de pertenencia.

Una institución puede comenzar transmitiendo una experiencia fecunda y terminar transmitiendo una forma cristalizada.

Por eso necesitamos sostener la pregunta acerca de qué voces escuchamos, con quiénes dialogamos, qué diferencias podemos alojar y qué lugar damos a quienes piensan de otra manera.

La transmisión necesita de la continuidad, pero también de la diferencia.

Los cambios de época: transmitir sin banalizar

Otra tensión aparece frente a las transformaciones culturales y tecnológicas de nuestro tiempo.

Las formas de circulación del conocimiento han cambiado. Las redes sociales, los formatos breves, la comunicación inmediata y la demanda de respuestas rápidas forman parte de nuestra vida cotidiana.

El psicoanálisis, en cambio, trabaja muchas veces con otro tiempo: el tiempo de la escucha, de la elaboración, de la asociación, de aquello que no puede ser comprendido de inmediato.

Entonces aparece una pregunta inevitable:

¿Cómo llegar a los nuevos modos de circulación sin banalizar aquello que queremos transmitir?

Recordamos una de nuestras primeras discusiones en el GPO: si debíamos o no utilizar frases de autores en Instagram.

Puede parecer una cuestión menor, pero para nosotras no lo fue.

En esa discusión estaba en juego algo más profundo: qué ocurre con un pensamiento cuando se lo transforma en una frase breve destinada a circular rápidamente.

¿Qué se pierde?

¿Qué se conserva?

¿Es posible utilizar nuevos medios sin reducir el psicoanálisis a fórmulas?

La pregunta sigue abierta.

Y quizás sea importante que permanezca abierta.

Porque acompañar los cambios de época no debería implicar ni rechazarlos en nombre de una tradición idealizada ni adaptarse a ellos hasta perder aquello que queremos transmitir.

Se trata de encontrar modos nuevos de hacer circular algo sin vaciarlo.

El porvenir de la transmisión

Pensar la transmisión nos lleva inevitablemente a pensar el porvenir.

¿Qué queremos que continúe?

¿Qué necesitamos transformar?

¿Qué vale la pena conservar?

Quizás el desafío no sea encontrar una nueva fórmula de transmisión, sino sostener las condiciones para que la transmisión siga siendo posible.

Una formación que transmite solamente certezas corre el riesgo de cerrar demasiado pronto las preguntas.

Una formación que renuncia a toda transmisión, en nombre de la libertad o de la diferencia, deja al otro sin referencias.

Entre ambos extremos aparece una tensión que no necesitamos resolver completamente.

Hay algo que ofrecer y algo que dejar abierto.

Hay una tradición que recibir y una responsabilidad de transformarla.

Hay una asimetría que reconocer y, al mismo tiempo, un otro al que hay que habilitar para que pueda construir su propio recorrido.

Quizás transmitir sea precisamente eso: ofrecer algo suficientemente consistente como para que pueda ser tomado, pero suficientemente abierto como para que pueda ser transformado.

A modo de cierre

Volvemos entonces a la pregunta inicial:

¿Qué es lo que se transmite en el encuentro con otros cuando nos formamos?

Se transmiten conocimientos y conceptos, por supuesto.

Se transmiten lecturas, experiencias y modos de pensar.

Pero también se transmite algo más difícil de nombrar: una manera de escuchar, una posición frente al saber, una relación con la incertidumbre, una confianza en la posibilidad de que otro pueda pensar por sí mismo.

Se transmite también el deseo de seguir preguntando.

Nosotras recibimos algo de quienes fueron nuestros maestros. Recibimos algo de las instituciones, de los colegas, de los pacientes y de los textos que fueron formando nuestro recorrido. Y a esto se suma lo que los colegas del GPO nos siguen enseñando.

Hoy intentamos pasarlo.

No sabemos del todo cómo.

No tenemos garantías acerca de qué llegará al otro ni acerca de qué hará el otro con aquello que recibe.

Y quizás esa falta de garantías sea necesaria.

Porque si pudiéramos saber exactamente qué debemos transmitir, cómo hacerlo y qué efecto tendrá en quien lo recibe, estaríamos hablando de reproducción y no de transmisión.

Transmitir supone aceptar que aquello que entregamos pueda ser transformado. Y a la vez nos transforma.

Que el otro pueda hacer otra cosa.

Que pueda encontrar una voz propia.

Que incluso pueda discutir aquello que recibió de nosotros.

Somos, entonces, un eslabón más de una cadena.

Ni origen ni destino.

Recibimos, transformamos y pasamos.

Y quizás el verdadero desafío de la formación sea poder sostener esa cadena sin convertirla en una repetición.

Por eso, frente a la pregunta por el porvenir, no queremos ofrecer una respuesta cerrada.

Preferimos dejar abierta una pregunta que sigue acompañándonos:

¿Cómo transmitir algo que pueda permanecer vivo sin dejar de ser transformado?

Tal vez allí se encuentre una de las condiciones para que la formación tenga porvenir.

Y tal vez una formación que conserva viva la pregunta sea, justamente, una formación que todavía tiene algo para transmitir.

Lic. Laura Ramos y Lic. Mercedes Díaz